

Tierra Adentro: máquina de guerra

Una lectura de *Una excursión a los indios ranqueles* desde Deleuze y Guattari

Lucía Oderiz

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

miluioz@gmail.com

Resumen

Tierra Adentro funciona, en *Una excursión a los indios ranqueles*, como una máquina de guerra según la teorización de Deleuze y Guattari: los ranqueles se caracterizan por el nomadismo, circulan por espacios no marcados, establecen relaciones de devenir con lo que los rodea, se erigen contra el Estado, funcionan de acuerdo a reglas que fomentan la indisciplina y previenen la conformación de órganos de poder. A lo largo de su viaje, el coronel Mansilla se adentra en la máquina de guerra y, por momentos, se aleja del aparato estatal y adopta rasgos nómades.

Summary

According to Deleuze and Guattari 's definition, *Tierra Adentro*, which takes place in *Una excursión a los indios ranqueles*, can be considered a war machine: the Ranquel indians are nomadic, they wander around the land without any marking, they experience all things in relations of "becoming," they take a stand against the nation-State, they act according to rules that animate the insubordination of the warrior and they lack organs of power. Throughout his journey, Colonel Mansilla enters the war machine and, at times, leaves the nation-State apparatus and adopts nomadic traits.

Mansilla relata su adentramiento en la Pampa, ese territorio desconocido, que es independiente del Estado y está en lucha contra él, con el propósito de llegar a Tierra Adentro. Allí se encuentra con una máquina de guerra que es irreductible al aparato del Estado, exterior a su soberanía. Se trata la manada, una multiplicidad pura que "frente a la medida esgrime un furor, [...] frente a la soberanía una potencia, frente al aparato una máquina. Pone de manifiesto otra justicia, a veces de una crueldad incomprensible, pero a veces también de una piedad desconocida" (Deleuze y Guattari 2006: 360).

Nomadismo

La máquina de guerra se caracteriza por ocupar el espacio abiertamente:

Por más que el trayecto nómada siga pistas o caminos habituales, su función no es la del camino sedentario, que consiste en distribuir a los hombres en un espacio cerrado, asignando a cada uno su parte y regulando la comunicación entre las partes. El trayecto nómada hace lo contrario, distribuye los hombres (o los animales) en un espacio abierto, indefinido, no comunicante [...] Hay, pues, una gran diferencia de espacio: el espacio sedentario es estriado, por muros, lindes y caminos entre las lindes, mientras que el espacio nómada es liso, sólo está

marcado por “trazos” que se borran y se desplazan con el trayecto. (Deleuze y Guattari 2006: 361)

Desde el comienzo, Mansilla presenta a los indios ranqueles como un pueblo nómada. Si bien se asientan en toldos, la disposición de éstos es dispersa. Dice el Coronel: “La morada de Mariano Rosas consistía en unos cuantos toldos diseminados y en unos cuantos ranchos, construidos por la gente de Ayala, en un corral y varios palenques” (2010: XXIV, 134). La circulación es cotidiana para los habitantes de estas tierras: “Todo el resto de ese día pasaron incesantemente indios, del norte para el sur, del sur para el norte. Todos se detenían, se acercaban, nos miraban y luego proseguían su camino” (2010: XVII, 97). De hecho, la dispersión es también un modo de circular: “Andando con indios no es posible marchar unidos. Ellos le aflojan la rienda al caballo para que dé todo lo que puede, sin apurarlo nunca; de modo que los jinetes cuyo caballo tiene el galope corto se quedan atrás y los otros se van adelante” (2010: XX, 109). Sin embargo, si bien la circulación y la diseminación están presentes en el nomadismo, no deben ser consideradas como su rasgo definitorio. Mariano Rosas se mantiene en un lugar, “juró no moverse jamás de su tierra” (2010: XXXIII, 185), aunque, en palabras de Mansilla, “los alrededores de este paraje son tristísimos, es lo más yermo y estéril de cuanto he visto; una soledad ideal” (2010: XXIV, 135). Siguiendo a Deleuze y Guattari:

Definir al nómada por el movimiento es igualmente falso [...] El nómada es más bien aquel que no se mueve [...] aparece ahí, en la tierra, cada vez que se forma un espacio liso que mina y tiende a crecer en todas direcciones. El nómada habita esos lugares, se mantiene en esos lugares, y él mismo los hace crecer en el sentido en el que se constata que el nómada crea el desierto en la misma medida en que es creado por él. (2006: 385)

Los personajes de Tierra Adentro tienen la posibilidad de circular hacia todas las direcciones, incluso hacia aquellas tierras bajo jurisdicción estatal. Sin embargo, eligen quedarse en la zona exterior, tal como describe Miguelito en *Una excursión...*:

—¿Y otros paisanos de los que están aquí, salen como tú y van a sus casas?

—El que quiere lo hace; usted sabe, mi Coronel, que los campos no tienen puertas; las descubiertas de los fortines, ya sabe uno a qué hora hacen el servicio, y luego, al frente casi nunca salen.

[...]

—Entonces, constantemente estarán yendo y viniendo de aquí para allá.

—Por supuesto. Si aquí se sabe todo. Los Videla, que son parientes de don Juan Saa, cuando les da la gana, toman una tropilla; llegan a la Jarilla, la dejan en el monte, y con caballo de tiro se van al Morro, compran allí lo que quieren, después se vuelven con cartas para todos. (2010: XXX, 167)

El mismo Mansilla, a medida que avanza en su viaje, modifica su relación con la tierra. Si, como señalan Deleuze y Guattari, “el nómada no tiene puntos, trayectos ni tierra,

aunque evidentemente los tenga” (2006: 386), Mansilla se va convirtiendo, a medida que se adentra en la Pampa, en un nómada que se dirige hacia la toltería de Mariano Rosas pero se detiene constantemente. Lo central en *Una excursión...* no es el destino, sino el viaje. Así, como nómada, “sigue trayectos [...] va de un punto a otro, no ignora los puntos (punto de agua, de vivienda, de asamblea, etc.). Un trayecto siempre está entre dos puntos, pero el entre-dos ha adquirido toda la consistencia, y goza tanto de una autonomía como de una dirección propias. La vida del nómada es *intermezzo*” (Deleuze y Guattari 2006: 384-385). El libro consta de sesenta y ocho capítulos más un epílogo en los que se narran dieciocho días de viaje.

Topología

En el desierto, a pesar de la aparente uniformidad, hay una topología extraordinariamente fina. No se basa en puntos ni en objetos, sino en conjuntos de relaciones: “vientos, ondulaciones de la nieve o de la arena, canto de la arena o chasquido del hielo, cualidades táctiles de ambos” (Deleuze y Guattari 2006: 385). Se trata de un espacio táctil, sonoro, mucho más que visual. Mansilla debe adaptarse a seguir indicaciones basadas en la topografía del lugar (el nivel del terreno o el movimiento del sol) desde el comienzo de su viaje (cfr. 2010: IV). Los indios pueden circular por los guadales (espacios no marcados), mientras que el Coronel depende de las marcas de las rastrilladas.

A lo largo de su viaje, Mansilla oscila entre dos maneras de referirse a la tierra, ya sea intentando medirla o según el conjunto de relaciones sensoriales:

El toldo más próximo estaría distante de nosotros unos mil metros. (2010: XIV, 77)

No puedo decirte con exactitud en qué latitud y longitud queda este punto. Sin embargo, para que formes juicio más cabalmente, te diré que queda en la derecha sur de la Carlota. El Cuero queda de Witalobo al poniente con una inclinación al sur, de pocos grados. (2010: XI, 57)

Hacia el final, su relación con el espacio es radicalmente distinta: “Cuando después de haber medido las distancias con el compás de la imaginación, el reloj me dijo que era hora de proseguir la marcha, mandé poner los frenos y cinchar” (2010: LXVII, 385).

Sucede que, a diferencia de los criollos, los ranqueles no se plantean la propiedad de la tierra, simplemente la ocupan. En el primer caso, “se ocupa el espacio sin medirlo”; en el otro, “se mide para ocuparlo” (Deleuze y Guattari 2006: 368). Mansilla da cuenta de esto y también de que la máquina de guerra sostiene con los caballos una relación muy particular: “Para ellos los caballos son lo que para nuestros comerciantes el precio de los fondos públicos. Tener muchos y buenos caballos, es como tener entre nosotros muchas y buenas fincas” (2010: XXI, 117).

Relaciones de devenir

La máquina de guerra, efectivamente, todo lo vive en relaciones de devenir. En este caso, devenir-animal:

Tienen ellos la costumbre de descansar sobre el lomo del caballo. Se echan como en una cama, haciendo cabecera del pescuezo del animal, y extendiendo las piernas cruzadas en las ancas, así permanecen largo rato, horas enteras a veces.

Ni para dar de beber se apean; sin desmontarse sacan el freno y lo ponen.

El caballo del indio, además de ser fortísimo, es mansísimo. ¿Duerme el indio?, no se mueve. ¿Está ebrio?, le acompaña a guardar el equilibrio.

¿Se apea y le baja la rienda?, allí se queda. ¿Cuánto tiempo?, todo el día.

[...]

El indio vive sobre el caballo, como el pescador en su barca; su elemento es la Pampa, como el elemento de aquél es el mar. (Mansilla 2010: XX, 110)

Pero Mansilla también tiene esa relación tan particular con los caballos: “Yendo uno bien montado, se tiene todo [...] Cuando yo me dispongo a una correría sólo una cosa me preocupa grandemente: los caballos” (2010: III, 17). “Por mi parte, al tranco, al trote o al galope yo duermo perfectamente. Y no sólo duermo sino que sueño” (2010: VIII, 47).

Por otra parte, el Coronel observa que la relación del indio con el espacio liso que ocupa es tan particular como su relación con los caballos:

Subían rápidos a la cumbre de los médanos de movediza arena y bajaban con la celeridad del rayo; se perdían entre los montecillos de chañar, apareciendo al punto; se hundían en las blandas sinuosidades y se alzaban luego; se tendían a la derecha, evitando un precipicio, después a la izquierda rehuyendo otro, y así, ora en el horizonte, ora fuera de la vista el plano accidentado, cuando menos pensábamos brotaban a nuestro lado. (2010: XX, 109)

La relación de devenir se expande a la Pampa toda: los indios devienen el polvo volátil del desierto:

Así seguíamos nuestro camino, derrotados por aquella nube extraña, cuando divisamos en dirección a Leubucó unos polvos que momentáneamente fijaron nuestra atención, apartándola de lo que la traía preocupada en tan alto grado.

No tardamos en cerciorarnos de que los polvos eran de un grupo bastante crecido de indios que al gran galope se dirigían hacia nosotros [...] En ese momento los polvos se tendieron hacia el Oriente, formando un círculo inmenso y como queriendo envolver dentro de él todo cuanto andaba por los

campos. Al mismo tiempo divisamos otros polvos en el rumbo que llevábamos y oyéronse varias voces:

–¡Aquellos andan boleando!

–¡Aquellos vienen para acá!

Mora me dijo:

–Esos polvos, señor, que tenemos al frente, han de ser de otro parlamento que viene a saludarlo. (Mansilla 2010: XXII, 121)

Máquina de guerra vs Estado

La máquina de guerra se erige contra el Estado, no sólo enfrentándose al existente, sino también impidiendo la conformación de uno, mediante el funcionamiento de reglas “animan una indisciplina fundamental del guerrero, una puesta en tela de juicio de la jerarquía, un perpetuo chantaje al abandono y a la traición, un sentido del honor muy susceptible...” (Deleuze y Guattari 2006: 366). Los Voluntarios de la Pampa son un ejemplo de este sentido de justicia tan particular, que les permite llevar a cabo todo tipo de bandolerismo, excepto aquél funcional al Estado (cfr. Mansilla 2010: XI).

Si la guerra es el mecanismo más seguro para impedir la formación del Estado es porque limita los intercambios, manteniéndolos en el marco de las “alianzas”, impidiendo que los grupos se fusionen. Los tratados e intercambios no detienen los malones, ya que los ranqueles no conciben una integración al Estado.

Por otra parte, la máquina de guerra no presenta órganos de poder. Ahora bien, ¿cómo entender la jerarquía de los ranqueles? Siguiendo a Deleuze y Guattari:

Sin duda las sociedades primitivas tienen jefes. Pero el Estado no se define por la existencia de jefes, se define por la perpetuación o la conservación de órganos de poder. El Estado se preocupa de conservar. Se necesitan, pues, instituciones especiales para que un jefe pueda devenir hombre de Estado, pero también se necesitan mecanismos colectivos difusos para impedirlo. Los mecanismos conjuratorios o preventivos forman parte de la chefferie, e impiden que cristalice en un aparato diferente del propio cuerpo social [...] [Es la] situación del jefe, cuya única arma instituida es su prestigio, cuyo único medio es la persuasión, cuya única regla es el presentimiento de los deseos del grupo... (Guattari 2006: 364-365)

Mansilla nota la aversión de los ranqueles a la forma de Estado republicana: “no andan detrás de la mejor de las Repúblicas. Es que ellos creen [...] que no hay hombres necesarios” (2010: XXXIII, 186). La relación de Mariano Rosas con sus indios da cuenta de mecanismos de legitimidad complejos, que apuntan a mantener su prestigio:

Y por último mandé traer un barril de aguardiente y se lo regalé a Mariano.

Mariano me dijo:

–Para que vea, hermano, como soy yo con los indios, delante de usted les voy a repartir a todos. Yo soy así, cuanto tengo es para mis indios, ¡son tan pobres!

Vino el barril y comenzó el reparto por botellas, caldeas, vasos, copas y cuernos.

En tanto que Mariano hacía la patriarcal distribución, un hombre de su confianza, un cristiano, se acercó a mí, y a voz baja me dijo:

–Dice el general Mariano que si trae más aguardiente le guarde un poquito para él; que esta noche cuando se quede solo piensa divertirse solo; que ahora no es propio que él lo haga.

¿Qué te parece cómo se hila entre los indios? (2010: XXVI, 146)

Contra-pensamiento

En Tierra Adentro, existe una “ciencia menor” o “nómada”, un contra-pensamiento que se perpetúa en la exteriorización de la máquina de guerra. Siguiendo Deleuze y Guattari:

El sentido común, la unidad de todas las facultades como centro del cogito, es el consenso de Estado llevado al absoluto [...] Pues bien, la noología choca con contra-pensamientos cuyos actos son violentos, las apariciones discontinuas, la existencia móvil a lo largo de la historia [...] Es la fuerza que destruye la imagen y sus copias, el modelo y sus reproducciones, toda posibilidad de subordinar el pensamiento a un modelo de lo Verdadero, de lo Justo o del Derecho. (2006: 381)

Los personajes de Tierra Adentro no subordinan su accionar a un modelo ético impuesto, muestran compasión por el dolor de un animal al mismo tiempo que expresan cariño infringiendo dolor a sus hijos:

Nosotros no maltratamos el animal; lo atamos a un palo; tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmeamos de a pie; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no sienta ya cosquillas; después lo enfrenamos, por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos. (2010: LXVI, 381)

Loncotear, llaman los indios a un juego de manos, bestial.

Es un pugilato que consiste en agarrarse dos de los cabellos y en hacer fuerza para atrás, a ver cuál resiste más a los tirones.

Desde chiquitos se ejercitan en él.

Cuando a un indiecito le quieren hacer un cariño varonil, le tiran de las mechas, y sí no le saltan las lágrimas le hacen este elogio: ese toro. (2010: XXXI, 172)

El robo es parte de la vida cotidiana de estos personajes:

Mariano, queriendo ponderarme a uno de sus hijos, me dijo:

–Este es muy gaucho.

[...] El indiecito ya robaba maneas y bozales. Más tarde completaría su educación robando ovejas, después vacas. Es la escala. (2010: XXXV, 199)

El mismo Mansilla adopta la modalidad del robo. Al principio como broma: “Al tiempo de subir a caballo, le robé al indio de los guantes un naco de tabaco que llevaba atado a los tientos. El que entre lobos anda a aullar aprende. Se lo dije a mi compadre y se rió mucho...” (2010: L, 283). Luego de su adentramiento en la Pampa, ya regresando, su postura es diferente: “Aquella noche comprendí la tendencia irresistible de nuestros gauchos, a apropiarse lo que encuentran en su camino, murmurando interiormente el aforismo de Proudhon: ‘La propiedad es un robo’” (2010: LVIII, 393).

En ciertos momentos del texto, Mansilla problematiza la ética occidental impartida por el Estado:

Tanto que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos, ¿y para qué?

Para despreciar a un pobre indio, llamándole bárbaro, salvaje; para pedir su exterminio, porque su sangre, su raza, sus instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse con nuestra civilización empírica, que se dice humanitaria, recta y justiciera, aunque hace morir a hierro al que a hierro mata, y se ensangrienta por cuestión de amor propio, de avaricia, de engrandecimiento, de orgullo, que para todos nos presenta en nombre del derecho el filo de una espada [...] ¡Ah! Mientras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, que rechazamos y despreciamos, [...] el día menos pensado nos prueba que somos muy altaneros, que vivimos en la ignorancia. (2010: LXVI, 380)

Máquina de guerra y ejército

Ahora bien, con respecto al intento de apropiación de la máquina de guerra por parte del Estado bajo la forma de un ejército, Deleuze y Guattari señalan que

Lo fundamental no es lo “militar”, sino más bien un origen nómada lejano [...] Siempre surgen periodos en los que el Estado como organismo tiene problemas con sus propios cuerpos, y en los que éstos [...] se ven forzados a abrirse a pesar suyo a algo que los desborda, un corto instante revolucionario, un impulso experimentador. (2006: 371, 373)

Efectivamente, Mansilla se abandona a esa experimentación:

Lo confieso, en nombre de las cosas más santas. Yo no he dormido jamás mejor ni más tranquilamente que en las arenas de la Pampa, sobre mi recado.

Mi lecho, el lecho blando y mullido del hombre civilizado, me parece ahora, comparado con aquel, un lecho de Procusto.

Viviendo entre salvajes he comprendido por qué ha sido siempre más fácil pasar de la civilización a la barbarie que de la barbarie a la civilización. (2010: XIV, 77)

La expedición de la que forma parte Mansilla tiene como objetivo una tarea fundamental para el Estado: “estriar el espacio sobre el que reina, o utilizar espacios lisos como un medio de comunicación al servicio de un espacio estriado” (Deleuze y Guattari 2006: 389). Esto es limitar los flujos de personas y mercancías estableciendo trayectos bien delimitados. En efecto, Mansilla propone un plan de acción:

La mente de los hombres de Estado se precipita demasiado [cuando] quieren llevar el ferrocarril por el Río Quinto. La línea del Cuero es la que se debe seguir [...] ¿qué trayecto mejor calculado para conquistar el desierto que el que indico?” (2010: XII, 63)

Pero a la vez cuestiona el modo en que el Estado moderno se apropia del espacio: “¿Qué hacen los gobiernos, entonces? [...] ¿No hay inspectores de puentes y caminos, inspectores de aduanas, inspectores de fronteras, inspectores de escuelas, inspectores de todo, y así va ello?” (2010: X, 52). Cuestionando que no se priorice el bienestar de los ciudadanos, concluye: “mientras los gobiernos no pongan remedio a ciertos males, yo continuaré creyendo en nombre de mi escasa experiencia, que mejor se duerme en la calle o en la Pampa que en algunos hoteles” (2010: X, 53).

Son interesantes las reflexiones del Coronel que se refieren a la apropiación de la máquina de guerra para conformar un ejército: “Te asombrarías, si volvieses a estas tierras lejanas y vieras lo que hemos adelantado [...] La civilización y la libertad han arrasado todo. El Paraguay no existe. Esta grande obra [hemos] realizado” (Mansilla 2010: X, 54). Luego: “De esta guerrita, en la que nos ha metido la fatalidad histórica, nos consolamos, pensando en que se acabará pronto, y en que como el Entre Ríos estaba muy rico, le hacía falta conocer la pobreza. La letra con sangre entra. Es el principio del dolor fecundo” (2010: X, 55). En esos cuestionamientos se vislumbra un potencial devenir menor de Mansilla: “Siempre que se produce una acción contra el Estado, indisciplina, sublevación, [etc.] diríase que una máquina de guerra resucita, que un nuevo potencial nómádico surge” (Deleuze y Guattari 2006: 390). La duda, un atisbo de grieta, surge en el Coronel: “La conquista pacífica de los ranqueles, cuya fisonomía física y moral conocemos ya, para absorberlos y refundirlos, por decirlo así, en el molde criollo, ¿sería un bien o un mal? (2010: Epílogo, 399).

Conclusión

Mansilla emprende su viaje con la intención de conocer Tierra Adentro, lo motiva un profundo deseo de acercarse a lo otro y termina mezclándose con ello, disfrutando de la íntima conexión con el espacio liso del desierto, imposible en la civilización del Estado Nación. El contacto directo con la máquina de guerra, que cautiva al Coronel, pone en evidencia las falencias del aparato del que forma parte. Por momentos se vislumbra al texto como máquina de guerra, en ciertas vivencias de Mansilla: nomadismo, devenir animal, contra-pensamiento, problematización del ejército. Sin embargo, se trata de grietas que se desvanecen: “Una vez en los médanos del Bagual, el que entra ya no mira

para atrás, el que sale sólo mira adelante” (2010: LXVIII, 393). El Coronel, con críticas y todo, se queda en la máquina estatal:

La triste realidad es que los indios están ahí amenazando cortantemente la propiedad, el hogar y la vida de los cristianos. ¿Y qué han hecho éstos, qué han hecho los gobiernos, qué ha hecho la civilización en bien de una raza desheredada, que roba, mata y destruye, forzada a ello por la dura ley de necesidad? (2010: Epílogo, 398)

Bibliografía sumaria

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. “Tratado de nomadología: la máquina de guerra”. En *Mil mesetas*. Traducción de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta. Valencia: Pre-textos, 2006.

Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Agebe, 2010.